

Dr. Eduardo Alfonso y Hernán

EL TEMPLO DEL SANTO GRIAL

**En el Monasterio de San Juan de la Peña, en Huesca
(España)**



Digitalización y Arreglos

BIBLIOTECA UPASIKA

“Colección Tradición Artúrica”

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I. Antecedentes Legendarios, Históricos y Literarios del Monasterio de San Juan de la Peña, página 3.

Cristianismo Sanjuanista, página 7.

Cristo Como Cordero, Juan o “Agnus Dei”, página 11.

SEGUNDA PARTE

II. Antecedentes Legendarios, Históricos y Literarios del Santo Grial, página 17.

Cronología General de San Juan de la Peña, página 24.

Cronología de los Reyes de Navarra, página 26.

Cronología de los Reyes de Aragón, página 27.

TERCERA PARTE

III. Cuadro Histórico y Conclusiones, página 28.

BIBLIOGRAFÍA, página 40.



PRIMERA PARTE

I. ANTECEDENTES LEGENDARIOS, HISTÓRICOS Y LITERARIOS DEL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA

Geográficamente, el lugar donde actualmente se hallan los restos del antiguo Monasterio de San Juan de la Peña, era antes de que éste se fundase, una espaciosa gruta, la Cueva de Gálion, excavada bajo una enorme peña del monte Pando, en las anfractuosidades del Pirineo aragonés próximo a Jaca.

En esta cueva vivió su vida de asceta y penitente *Juan de Atarés*, natural del lugar de este nombre en tierra jacense, cuyo cadáver fue encontrado recostado sobre una piedra de la gruta por el joven mozárabe zaragozano *Voto* que cabalgaba por aquellos montes, en días de primer cuarto del siglo VIII.

Viose Voto en peligro de despeñarse desde lo alto de la gran roca que cubre la gruta de Gálion, e invocó en su auxilio a San Juan Bautista y se conjuró el peligro. En vista de este suceso que conmovió profundamente el corazón del joven, éste regresó a Zaragoza, contó lo ocurrido a su hermano *Félix*, y ambos decidieron volver al monte Pando, dar sepultura al cuerpo de Juan de Atarés y dedicarse, como éste lo hiciera, a la vida penitente de anacoretas.

Pronto fueron imitados por otros varones, *Benedicto*, *Marcelo* y algunos más, que hicieron de aquel lugar un centro religioso y cenobítico bajo la advocación de *San Juan Bautista*. Las actas de los ascetas Voto y Félix, fueron después escritas por *Macario*, antiguo monje del primer monasterio, testificando que estos dos nobles hermanos perseveraron en Zaragoza después de la entrada de los musulmanes y que gozaban de libertad y retenían sus ricos patrimonios y criados, todo lo cual vendieron antes de retirarse a la cueva del Paño, destinando su importe al socorro de los pobres y redención de cautivos. Ambos hermanos fueron más tarde puestos por el obispo de Aragón en el catálogo de los santos de su diócesis, exhumando sus cuerpos de tierra en fecha incierta.

En este episodio del siglo VIII, real y documentado en cuanto a sus elementos históricos, hállase ya latente el germen espiritual del

«sanjuanismo».

Por otra parte, los árabes hubieron entrado en la península Ibérica a principios de este mismo siglo (año 710), vencieron al último rey visigótico, don Rodrigo, en el año 711 y llegaron a los valles sureños del Pirineo en el año 720. Muchos cristianos huyeron hacia el Pirineo durante los siglos IX y X temiendo a las hordas musulmanas y entre ellos algunos aragoneses se refugiaron en San Juan de la Peña en compañía de los anacoretas. El jefe de los refugiados aragoneses, **García Jiménez**, levantó el primer templo en la gruta de San Juan de la Peña, hacia el año 850, aprovechando el declive de la cueva y dejando detrás el manantial; lo cual fue seguido de la construcción de viviendas para los anacoretas y de un cementerio anejo, quedando así constituido un verdadero cenobio.

Este primer templo fue consagrado por el obispo **Iñigo** en el año 922, durante el reinado de Sancho Garcés I de Navarra (905-925). Se trata de un pequeño templo geminado con arcos de herradura, columnas de separación de fuste anillado (acaso únicas en España), en el cual la roca cortada verticalmente forma el lienzo de cabecera y parte del costado derecho. Su arquitectura mozárabe es de tradición visigótica neta, favorable a la hipótesis de transición de los siglos IX a X, como parecen probarlo el peralte extraordinario del arco de entrada, la supresión del capitel en la columna, el fuste anillado y la carencia de adornos. El primer abad de este incipiente cenobio fue **Transirico**, con una comunidad de clérigos y canónigos, entre los cuales residió también un tiempo el único obispo que tenía Aragón en aquella época.

En los aledaños de San Juan de la Peña, Sancho Garcés II y D^a Urraca, fundaron el más antiguo monasterio aragonés de comunidad femenina: **Santa Cruz de la Serós**, en el año 922.

El Monasterio de San Juan de la Peña creció en importancia rápidamente, y durante los siglos X y XI fue objeto de los favores y halagos de los reyes de Navarra que incrementaron su señorío fabulosamente; sobre todo por parte de **Santo Garcés III, «el Mayor»** (años 1000 a 1035).

Ya antes el rey **Sancho II, «Abarca»** (970-995) en el año 995, juntamente con su mujer **Jimena**, hubo hecho una donación al Monasterio en cumplimiento de un voto.

«En San Juan de la Peña había un documento en que, a vueltas de expresiones alusivas a Osma, a Gormaz y a Aranda, se hablaba de una coalición entre el rey **Sancho II, «Abarca»**, de Navarra, el **Conde García** de Castilla y el rey **Vermudo** de León, contra el rey de Córdoba, **Abolnamador**,

es decir **Ibn-Abi Amir**. (Año de Cristo 898)».

«Por una donación de San Juan de la Peña, del 983, vemos que García no dudó llegar con el rey de Pamplona al extremo oriental del reino, sin duda para estrechar con él más íntimos lazos de amistad».

Sancho «Abarca» fue sucedido por su hijo **García Sánchez** en el 994. Y al año siguiente vemos a su antecesor y padre haciendo una donación con su mujer Jimena, al Monasterio, como ha quedado dicho.

«La “Crónica de San Juan de la Peña” del siglo XIV habla del rey **Sancho, el Mayor**, llamándole varias veces “Imperator” a secas. De sus encuentros con los moros no menciona ni uno solo. También nos dice que subyugó al **Conde de Sobrarbe**, que fue su vasallo y le reconoció por señor». También es sabido que el rey Sancho se entrevistó en el Monasterio de San Juan de la Peña con los **Condes de Gascuña y Pamplona**; y que en 1032 extiende en el mismo sitio algunos documentos que afirman su dominio sobre León. A esto hay que añadir que el 14 de abril del año de su muerte (1035) estuvo en el Monasterio premiando los servicios de su fiel Sancho Galíndez.

Pero el acto de mayor trascendencia por lo que a la historia del Monasterio de San Juan de la Peña se refiere, fue encargar el religioso benedictino **Paterno** de hacer una visita a Cluny para que estudiase las bases de la reforma monástica «cluniacense». Ya de vuelta Paterno, en 1025, el rey Sancho le encomendó la abadía del Monasterio al frente de una comunidad de benedictinos que inauguró la vida monástica según los usos de Cluny, el 22 de abril de dicho año, con objeto de que «expeliese de allí todos los deleites de los seculares y gentes de mal vivir».

Sancho el Mayor, mostroso pródigo con el Monasterio de San Juan de la Peña, así organizado. Le hizo la donación del Priorato de San Sebastián de Asaón cuando el otorgante «reinaba en Aragón, Pamplona, Ribagorda y Sobrarbe»; y asimismo fuele adjudicado, por el monarca en 1025, el otro Monasterio de San Pedro de Bailo, donde se nos dice que estaba entonces el Santo Cádiz Grial, siendo obispo de aquella diócesis, **Mancio**; y también el de Santa María de Fonfrida, en la misma fecha.

En los siglos X y XI, el Monasterio de San Juan de la Peña, fue el más importante de España por su significación y cuantioso señorío. Su biblioteca fue la mejor del reino aragonés, hasta bien entrado el siglo XVII. El cronista Juan Francisco Andrés de Ustarroz, hizo un viaje al cenobio en 1638, y afirma que «para la biblioteca del conde duque de Olivares; se sacó de allí en 1626, la **Historia manuscrita** (la más antigua crónica del reino al decir de Zurita), que volvió después al Monasterio, algunos santorales y casi todos los códices,

permitiendo ese despojo el abad Juan Briz Martínez, que había publicado la historia de la fundación».

Dícese también que una comunidad de benedictinos establecida en el Monasterio de Nuestra Señora de Iguácel fue trasladada al Monasterio de San Juan de la Peña durante el reinado de **Pedro II**, en el siglo XIII.

Sabido es que el rey Sancho III «el Mayor» hizo una partición de sus territorios en favor de sus hijos Ramiro y García, según un documento breve publicado por el citado abad del Monasterio, Juan Briz Martínez, en 1620, en su historia del cenobio.

«Estando **Ramiro I**, hijo de Sancho III, en San Juan de la Peña en junio del año 1055, se denominó a este Monasterio **San Juan Bautista de Paño** (por el nombre del monte), pero en estos documentos — por confusión de lugares — se le llama «San Juan de Oruel». Esto se debe a que «Peña de Oruel» es otro monte próximo situado al sur de Jaca, pero separado del monte Paño por extensas hondonadas».

«El archivo pinatense se conserva hoy en el Archivo Histórico Nacional, con documentos desde el siglo X. El Monasterio tuvo su crónica calificada por Zurita como la historia más antigua del reino de Aragón, de autor desconocido, escrita en el siglo XIV, acaso por orden de Pedro IV. Los manuscritos originales se han perdido, pero se conservan diversas copias, dos de ellas en la Biblioteca Nacional de Madrid, utilizadas por Tomás Ximénez de Embún para la edición de la Diputación de Zaragoza en el año 1876».

«La Biblia de San Juan de la Peña» (hoy también en la Biblioteca Nacional) escrita en la primera mitad del siglo XI, en letra visigótica, presenta primorosas miniaturas, probablemente hechas en el escritorio del Monasterio (Porter), con adaptación de elementos mozárabes al estilo románico.

«En el incendio sufrido por el Monasterio el 17 de noviembre de 1494 (y han sido varios los incendios que ha sufrido) se quemó el coro y todos los libros litúrgicos lectionarios, tres epistolarios, cuatro evangeliarios y un mixto de altar. Otros documentos han desaparecido de manera análoga en otros siniestros. En la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza se conservan restos de manuscritos que contienen cuatro clases de documentos de distintas épocas de este monasterio».

«Como todos los monasterios durante la dominación musulmana, el pinatense había observado el antiguo rito de la Península, del período visigótico, y que los invasores consintieron. Después en 22 de marzo de 1071, San Juan de la Peña adoptó la liturgia romana; y los libros de la liturgia antigua, con hojas de pergamino, sirvieron para reforzar la encuadernación de

los libros escritos de nuevo por los benedictinos».

«En las aulas de San Juan de la Peña se aprendían las bellas melodías visigóticas, se cantaban los versos de Virgilio y se enseñaba el arte de la miniatura. Los hijos de los reyes y de los nobles, en el primer tercio del siglo XI, se educaban en la escuela de letras y música del Monasterio. Mas en el siglo X ya se mencionaba la “Schola de Rege” en este Monasterio, regida por un «capiscol» (caput schole) que era maestro de canto, y quizá también de letras, probablemente gramática latina, retórica y alguna ciencia.

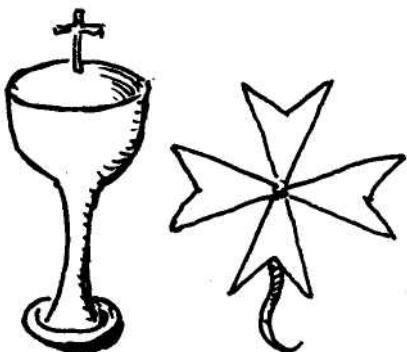
En resumen, el *Monasterio de San Juan de la Peña* «es la joya del grupo de cenobios de la zona jacetana; por la antigüedad de su primera iglesia mozárabe y por su significación en la historia del reino aragonés; monasterio benedictino de raro emplazamiento en el cóncavo de una cueva a la que llega la luz natural. Los reyes de Pamplona y los condes de Aragón lo ennoblecieron con pingües donaciones. Briz Martínez, historiador de la fundación en 1620 da una relación de 65 monasterios que le estuvieron sometidos, y un número de pueblos mucho mayor. El siglo XI es el de su apogeo. Los monarcas, hasta Pedro I inclusive, mandan que se les sepulte en este Monasterio; y muchos nobles aragoneses que se intitulan “Caballeros de San Juan” reciben en él sepultura en el atrio de la iglesia mayor. La tradición le liga a los orígenes de la reconquista aragonesa».

A fines del siglo XI (año 1094) dos años antes de la primera Cruzada, se construye por *Sancho Ramírez* el segundo templo de estilo románico, y a mediados del siglo XII (año 1140) se levantó el admirable claustro, también románico que aún se conserva. Mucho después, ya en el siglo XII, en 24 de febrero 1625, un gran incendio destruyó gran parte del Monasterio, y en el mismo año comenzó a edificarse el edificio nuevo, que fue terminado en 1714. Los monjes benitos vivieron en él hasta 1845. Este monasterio nuevo fue erigido en la planicie alta, más seca y soleada, donde se cree que estuvo «la fortaleza de Pano». Está construido con ladrillos, en estilo barroco, a base de las rentas de la abadía, que estuvo vacante durante cuarenta y dos años. Y hoy se conserva todavía el templo en ruinas, que ha probado no haber podido aguantar las vicisitudes del tiempo con la firmeza con que las resistieron los viejos edificios visigóticos y románicos.

Cristianismo Sanjuanista

En un grabado de 1724, cuyo esquema reproducimos adjunto, aparece San Juan Bautista con la inscripción «Ecce Agnus Dei» en la banderola, y un

«cordero» a los pies; dos vistas de Monasterio «antiguo» y «moderno» de San Juan de la Peña (figura. 1); y en los dos escudos de la parte superior aparecen la «copa sagrada» y la «cruz de Malta».



Es de notar que la «cruz patada» lleva un apéndice en la pata inferior, que la da una total semejanza con el signo jeroglífico egipcio *aai* que significa *fuego*; y tanto más notable es esto cuanto que la divinidad védica del fuego era *Agni*, y de aquí deriva la raíz latina *agnus* o «cordero», de donde nace la palabra Io-Agnes, Johannes o Juan, que es el nombre del Monasterio que nos ocupa. Juan, el Cordero y el Fuego divino siempre van juntos, y este último irradia del Cáliz.

La *Orden de Caballeros Sanjuanistas* tuvo su origen en Jerusalén bajo la jefatura del rico amalfitano *Mauro* que vivió alrededor del año 1070, con una misión hospitalaria, albergados en un oscuro hospicio anejo a una capilla consagrada a *San Juan de la Misericordia*, patriarca de Alejandría. Adoptaron como símbolo la «cruz patada», antigua insignia de los pueblos bárbaros germánicos, que también aparece, como puede verse, en el sello de los Templarios (figura. 2).

¿Qué hilo histórico tradicional une el *sanjuanismo* con el *Temple*, con el *cordero* y con el *cáliz*, dando lugar tantas veces a confusiones como las ya aludidas, en que se mezclan en proporciones desconocidas lo místico, lo histórico y lo mítico?

Confluendo en la génesis de la *Orden Caballerescas Sanjuanista* nos encontramos con las figuras de *San Juan Bautista*, *San Juan de la Misericordia* (alejandrino) y *San Juan Evangelista*. Esta aparente confusión constituye en realidad una insospechada relación entre las doctrinas de *Juan Evangelista*, recogidas por *Filón de Alejandría*, y la ceremonia bautismal o «purificadora» de *Juan el Bautista*. El *San Juan* patriarca alejandrino pudiera ser la figura simbólica que sirve de enlace a los cabos de este hilo legendario.



Medallón del Cordero Pascual en la Abadía de Cluny. En él puede observarse la «cruz patada» o de Malta en la parte alta del borde, y el signo egipcio jeroglífico del fuego (semejante a la cruz patada con un apéndice encorvado en la pata inferior) sobre la imagen del cordero («Agnus»); como siempre el símbolo del «fuego» (o «Agni») acompaña al de cordero (o «Agnus») en la simbología sanjuanista.

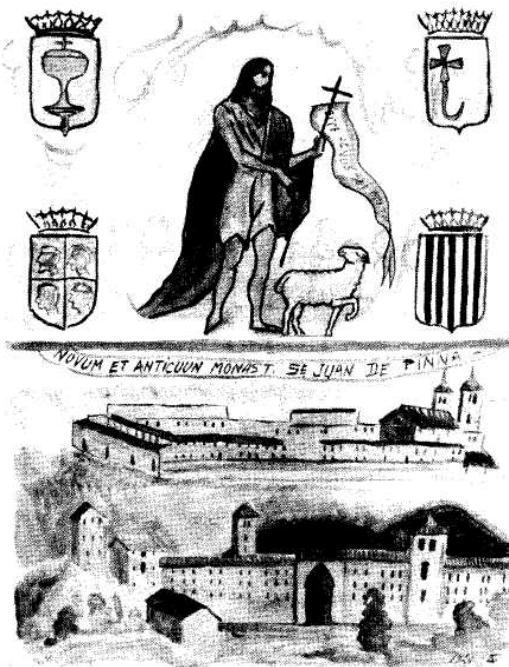


Figura 1 – Grabado del año 1724 (esquema)

Por esta razón se ha estimado e interpretado el *sanjuanismo* como una doctrina que dimanó de ideas orientales aportadas al cristianismo por *Juan Evangelista*, recogidas por *Filón de Alejandría*, adoptadas luego por la «Orden de Caballeros de San Juan de Jerusalén», heredadas más tarde por los *Templarios* que las guardaron bajo «secreto iniciático» hasta la disolución de su orden en el 1312, pasando luego a las «Cofradías Constructoras» de la Edad Media, y finalmente a la «Orden Masónica» en el siglo XVIII.

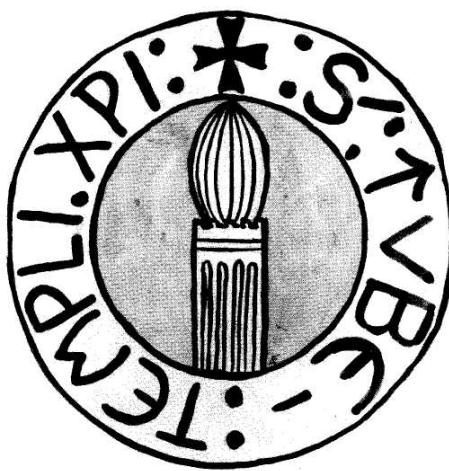
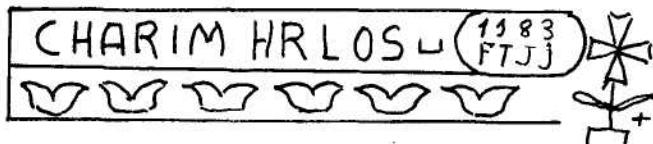


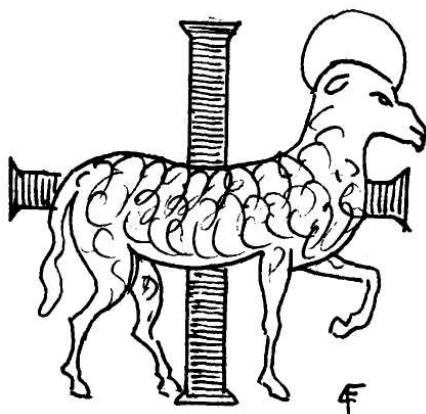
Figura 2 - Sello de los Templarios (1118-1312)



En Santa María del Naranco (Asturias) obsérvase también la cruz patada con el apéndice en la pata inferior, como en los nichos de San Juan de la Peña.

Parece plausible este brote, ramificación y florecimiento de la rama cristiana «sanjuanista». El *cordero* y el *cáliz* han aparecido siempre como símbolos entrañables de este movimiento espiritual. El *cordero*, «agnes» (de «agni», el fuego, *aa* en egipcio, como ya se dijo) fue proyectado en el cielo dando nombre a la constelación de *Aries* que determina el equinoccio de primavera, alrededor del cual encontramos una constelación «juanista»

formada por las festividades de San Juan de Brebeuf (16 de marzo); San Juan el conocido ermitaño (27 de marzo); San Juan Capistrano (28 de marzo), y San Juan Clímaco (30 de marzo). Como asimismo encontramos alrededor del solsticio de verano (o de máxima ascensión solar) otra agrupación de tres «Juanes»: San Juan Fisher (22 de junio); San Juan Bautista (24 de junio) y San Juan, mártir (26 de junio), hermano éste de un Pablo que no es el apóstol, y que también sufrió martirio, celebrándose su festividad tres días antes que la de los apóstoles Pedro y Pablo que también rondan este momento astronómico (29 de junio).



Retablo frontal en cobre cincelado y dorado, del siglo XII, del Monasterio de Santo Domingo de Silos

El cáliz ha pasado al «Sanjuanismo» con diferente significación que al «cristianismo romano». En éste, ligado a la tradición de que la «copa sagrada» fuera transportada por **Pedro** a Roma desde Jerusalén, el cáliz fue receptáculo eucarístico de transubstanciación somática («Corpus Christi»); mientras que en el «Sanjuanismo» el cáliz fue el «Grial» donde se manifestó la «Luz Divina», el «sagrado agni» o «fuego espiritual» que vivifica las almas.

Cristo Como Cordero, Juan o «Agnus Dei»

El aludido *cordero* o «Io-Agnes) (*No se olvide que la IO era la «vaca» sagrada de los griegos, así como la advocación vacuna o hathórica de la «Isis» egipcia. IO-Agnes es por tanto el «cordero de Isis» o el «hijo de la Vaca». En el ciclo zodiacal de precesión de los equinoccios, Aries viene después de Tauro; es decir, el cordero después de la vaca.*), acompaña

siempre, en el simbolismo primitivo cristiano, a la figura de *Cristo*, y a esto se agrega generalmente la representación de la *Cruz*, estableciendo un sincretismo simbólico «Cordero-Cristo-Cruz» en el que se une la idea del «Salvador» con la de «victima propiciatoria» en el «sacrificio de la Cruz». Y así, este «divino cordero sacrificado» es el «Agnus Dei qui tolli pecata mundi» (el «Cordero de Dios que borra los pecados del mundo») en acto de redención.

Véase la evolución de estos símbolos que ratifica nuestra interpretación.

La *Cruz* (dos palos cruzados), primeramente sencilla y luego «Svástica» fue un símbolo del «fuego» entre los arios primitivos.

Agni era el dios del «fuego» en la religión védica y estaba personificado en el «cordero» o «Aries».

De este modo, la unión de los dos símbolos nos presenta el cordero o «Agni» sobre la cruz; es decir, el «Agnus dei» de los cristianos (o «cordero de Dios»), como símbolo del sacrificio ritual del fuego; pero en realidad no más que como expresión de la idea primitiva del fuego surgiendo de la intersección de los dos palos que se frotaban para producirle.



Medallón del Cordero Pascual, en la «Abadía de Cluny» (siglo XI)

Añadióse a este el círculo simbólico y tradicional del Sol, representado a modo de aureola en forma parecida a la representada en la figura 3.

El Cordero, la Cruz y el disco Solar, hállanse en un sarcófago conservado en el Vaticano; en un mosaico absidal del siglo VI en San Pedro de Roma; en un mosaico del siglo V en Santa Práxedes de la misma ciudad; en la Iglesia de Genest del siglo XII, en lámparas cristianas reproducidas por el Padre Delattre en la «Revue de l'art chretien» (1891-1892) y en la parte posterior de la «Cruz Vaticana», el más preciado objeto del tesoro de San

Pedro.

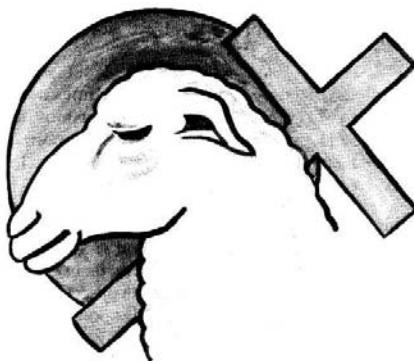


Figura 3

En el sarcófago de Jenius Bassus, de fines de siglo IV, se ve al «cordero» haciendo los mismos milagros que el Evangelio atribuye a Jesús (resurrección de Lázaro, multiplicación de los panes y los peces, etcétera).

Más tarde en un nuevo avance de la transmutación simbólica, véase al *Cordero con el busto y la cabeza de Cristo* (figura muy del gusto de la época, semejante a una esfinge) como puede observarse en algunas de las lámparas reproducidas por Delattre (figura. 4).

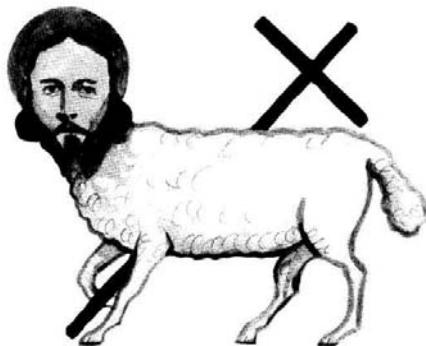


Figura 4 - El cordero con la cabeza de Jesucristo, a modo de esfinge. En algunas de las lámparas reproducidas por Delattre en la Revue de l'art chretien» (1891-1892)

Continuando la evolución cristianizante del símbolo, puede observarse más tarde *la cabeza sola de Cristo bajo la cruz*, como en un mosaico del ábside de Santa Prudencia en Roma; en un sarcófago cristiano de Arlés; en una

miniatura del siglo IX conservada en la Biblioteca Nacional romana, y en varias monedas bizantinas del siglo VIII (*Y en «El Salvador», de Antoniazzo Romano, (1461-1508) en el museo de El Prado*). (figura. 5).



Figura 5. - Cabeza de Cristo sobre la cruz. Mosaico del ábside de Santa Prudencia, en Roma; sarcófago de Arlés; monedas bizantinas del siglo VIII en «El Salvador», de Antoniazzo Romano (1461-1508), del Museo de El Prado, etc.

Más adelante póngase *la figura entera de Jesús sobre la Cruz*, aunque no crucificado sino en majestad (o bien con la cruz en una mano y la cabeza sobre el disco solar, como en un mosaico del sepulcro de Gala Placidia en Rávena) (fig. 6).



Figura 6. - Jesús en Majestad

Luego puede verse a **Jesús en actitud de predicación delante de la Cruz, y el Cordero a sus pies** (figura. 7). Finalmente, la Iglesia Cristiana, identificando a Cristo con el Cordero a modo de víctima propiciatoria e ideal del sacrificio, acabó representando crucificado al Divino Maestro, por orden del Concilio de Constantinopla del año 692, ratificado por el papa Adriano I. Esta es la razón por la cual el crucifijo no aparece en la historia de la Iglesia hasta el siglo VIII.



Figura 7. - Cristo en Majestad con el Cordero a Sus Pies

Digamos para terminar estas consideraciones que, es de consenso universal entre los artistas de todos los tiempos posteriores al nacimiento de Jesús, representar a este niño con su madre y aun con su abuelo, pero siempre acompañado de San Juan niño que con Jesús juega con un *corderito*. Y no se sabe a quién pertenece más el corderito, si a **Jesús** o a Juanito (si es «*Io-Agnes*» o «*Agnus-Dei*»).



Cristo en Majestad. Del decorado mural de Sant Pere de Burgal, Barcelona (siglo XII)

SEGUNDA PARTE

II. ANTECEDENTES LEGENDARIOS, HISTÓRICOS Y LITERARIOS DEL SANTO GRIAL

Era el Santo Grial la copa de piedra en la cual bebió Jesucristo en la «última cena», y donde después fuera recogida la sangre que brotara del costado del Redentor por José de Arimatea, dueño del cenáculo.

Es legendaria, y apoyada en lo posible por datos históricos, la llegada del Santo Grial a España, desde Roma, en el siglo III, y encomendado su transporte a unos emisarios de San Lorenzo, diácono del papa Sixto II.

El resumen del trascendental episodio es el siguiente:

Para ser puesto a salvo el *cáliz* de Cristo, de las persecuciones que decretaban los emperadores romanos contra los cristianos, fue enviado por San Lorenzo de acuerdo con el papa Sixto, a los padres del primero, *Orencio* y *Paciencia* residentes en *Loret* (Huesca), hoy templo de Loreto.

El envío del Cáliz Grial a España, después de haber estado depositado 200 años en Roma, tuvo lugar, pues, en el siglo III, en que ni remotamente existía como lugar religioso San Juan de la Peña, y ni siquiera había obispo en Huesca, ya que el primero de que se tiene noticia cierta es *Vincencio* hacia el año 553, o sea, 300 años después del suceso.

Parece ser que los portadores de la reliquia fueron unos *soldados españoles* que servían en las legiones romanas, a juzgar por una pintura que aparece en la Basílica de Roma. Más éstos no salieron hacia España antes de la persecución decretada por *Valeriano*, en la cual sufrieron martirio, muriendo en la hoguera, el papa Sixto (más tarde canonizado) y su diácono *Lorenzo* (también santificado por la Iglesia). Por esto, además de la copa sagrada pudieron llevar a España, como testimonio del trágico fin de las dos santas personas, un pie quemado de Lorenzo. (Supone algún escritor que el portador de la copa a España fue un tal Recaredo).

Se supone que el Santo Cáliz Grial fue ocultado por los padres de San Lorenzo en algún lugar de la provincia de Huesca (quizá en la capital), donde permaneció oculto desde el siglo III hasta el siglo VI (año 551). Después de esta fecha estuvo en poder del obispo de Huesca hasta la invasión de los árabes en el siglo VIII. Y cuando éstos se acercaron al Pirineo en el año 720,

la copa sagrada juntamente con el pie quemado de San Lorenzo, fue transportada hacia Yebra por el obispo **Acisclo**, tío de **Orosia**, y **Cornelio** hermano de ésta, que le acompañaban. En Yebra quedó el pie de San Lorenzo que la parroquia se negó a devolver por haber estado en ella más de 24 horas.

Perseguidos por los musulmanes, Acisclo, Orosia y Cornelio, murieron martirizados en el macizo de Ontoria, próximo a Jaca, al norte de Yebra. Pero el cáliz pudo ser rescatado por sus compañeros fugitivos y conducido al monasterio benedictino de **Siresa**, donde estuvo custodiado 100 años más.

Siempre tratando de evitar su captura por los musulmanes que proseguían la conquista del territorio, estuvo el cáliz un tiempo en **Santa María de Sásabe** hacia el año 958. Y luego en la Iglesia de **San Pedro de Bailo**, cuya sede fuera donada más tarde por el rey Sancho III de Navarra al Monasterio de **San Juan de la Peña**. (*El papa Urbano II ordenó al obispo de Jaca, D. Pedro, que había sido monje de San Juan, que no prohibiera a los «seglares» «Caballeros de San Juan» que lo pidieran ser enterrados en el cementerio del cenobio (Valenzuela). En las lápidas de sus nichos pueden verse todavía «cruces patadas» con la pata inferior alargada o con un apéndice más estrecho, como se dijo en las páginas anteriores. También hemos visto esta misma clave de cruz en una lápida de San Juan de la Peña conservada en el Museo de Arte Antiguo de Barcelona*).

Posteriormente, según cierta versión, fue depositado en la Catedral de Jaca, mandada construir exclusivamente para este fin, por el rey **Ramiro I**, hijo de Sancho III, siendo obispo **García I**, sucesor de **Mancio**. (Año 1063). De aquí pasó la copa sagrada al monasterio de San Juan de la Peña en 1399(?).

Según los datos que poseemos, el nombre tradicional de la **Copa Sagrada es Grial** en nuestro «Romancero», en el «Baladro de Merlín» y en la «Demanda del Santo Grial»; **Graal** en la poesía alemana y bretona; también **Graal** en los poemas provenzales: **Grial** dice el Arcipreste de Hita describiendo recipientes de cocina («...todo lo hizo lavar a las sus lavanderas, espertos, “giales”, ollas y coberteras»), quizá tomándolo de «graanzal», plato o escudilla; **Grial** dice D. Juan Valera; **Gral** llámale Menéndez Pelayo; **Greal** escriben algunos cronistas; **Graal dicen los italianos**; **Grail** los ingleses, todo ello como derivado del latín **gradale** (según Mistral, «diccionario»); diciéndose en el antiguo romance de «El Conde del Sol»:

«Padre, ¡padre de mi vida!,
por la del “Santo Grial”,
que me deis vuestra licencia

para el conde ir a buscar.

Indudablemente el vocablo «graal» procede, como nos dice Riquer, de Cataluña o del sur de Francia. En Cataluña (según el diccionario Alcover-Moll) se encuentran los vocablos *greal*, *grasal*, *greala*, *griala*, *grasala*, *grela*, y según Coraminas, *grasala* (en Rosellón y Ampurdán), *griala* (en Pallars y Esplugas de Francolí), *greala* (en la Segarra), *grala* (en Montserrat) y *grela* (en Tortosa y el Maestrazgo). En Francia hállanse los términos *gró*, *griot*, *gre*, *grau* próximos al área de Troyes (grëaus se dice en el «Girart de Rossillon» anterior a «Lis Contes...»), y en la Gascuña y Languedoc, las formas *grazan*, *grazal*, *grezal*, *gradala*, *gradalo*, significando cuenco, vasija, dornajo o escudilla.

Riquer resume su opinión diciéndonos que «la fama más antigua de píxide ministerial o copón es aquélla «en que la copa se parecía mucho a un plato» y añade que en la época de Cristian de Troyes «la píxide evolucionaba de su forma más antigua — parecida a un plato o a una escudilla — a su forma actual, semejante a la de cáliz» e «iba posiblemente provisto de caña o espiga y de pie».

Otros forzando la etimología quieren hacer derivar la palabra de «crátera», «cráter» o copa; pero la etimología de *grial* es más bien la de «plato» que la de «copa» (Roso de Luna).

«En el poema “Parzival” de Wolfram de Eschenbach (1216), el *Grial* no es un plato o escudillo, sino *una piedra* mágica...» (dice Bonilla San Martín). Cosa ratificada también por Mauricio Kufferat.

El texto de Wolfram dice:

«Esos héroes están animados por una “piedra”;
¿No conocéis su augusta y pura esencia?.
Se llama lapis-electrix.
Por ella puede realizarse toda maravilla...».
Etcétera.

Quizá durante el medievo se desnaturalizó o se tergiversó el símbolo transformando la *piedra* en *copa*, por una muy justificable confusión entre *Pedro*, *Petrus*, la «Piedra» de la Iglesia (sobre la que quiso edificarla Jesús, según la frase evangélica), y la *copa* sagrada llevada por el apóstol *Pedro* a Roma desde Jerusalén. Esto aparte de que en fenicio *petra* o «intérprete» designaba al «hierofante», y quizá en esto puede encontrarse el verdadero

significado de la frase de Jesucristo: «tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia».

La **leyenda del Santo Grial** o Gradal es de origen céltico (de Gales), como ha demostrado M. de Villamarqué, y ha pasado por tres etapas: el «Peredur de Mabinogión» traducido por Carlota Guest; «Perceval le Gallois» o «Li Contes du Graal» de Cristian de Troyes y el «Parzival» de Wolfram de Eschenbach. Las transformaciones de la leyenda hállanse bien estudiadas en el libro sobre «Parsifal» de M. de Kufferatk y sobre todo en el magnífico trabajo de Martín de Riquer titulado «La Leyenda de Graal» (Editorial Prensa Española, 1986), en el que estudia, comenta e interpreta la novela póstuma de Chistian de Troyes, titulada *Li contes du Graal*, también traducida al castellano por el propio comentador con el título «Perceval o el Cuenco del Grial» (Colección Austral, Madrid, 1961).

En la obra de Cristian de Troyes, la primera (e inconclusa) sobre el tema que nos ocupa, escrita en la Champagne antes de 1190, dedicada a Felipe de Alsacia, conde de Flandes (del linaje materno de los Anjou), y cuyo héroe protagonista lleva el nombre francés de *Perceval*, presenta como objeto temático central el «Santo Graal», cuyo cortejo o «viático» avanza en el castillo del Rico Rey Pescador (paralítico a consecuencia de una herida) para administrarle la «eucaristía», de la cual se alimenta milagrosamente desde hace quince años. En dicho cortejo va un paje empuñando la «santa lanza» que hirió el costado de Cristo, de cuya punta mana constantemente la «preciosa sangre»; tras de él, otros dos pajés con magníficos candelabros encendidos y una doncella que porta entre sus manos el «Santo Graal» cuyo deslumbrante destello ofusca el resplandor de las velas, y cerrando la marcha, otra doncella con un «plato de plata».

La actitud y comportamiento de *Perceval* ante esta extraordinaria aparición constituyen la trama de la novela, cuyas líneas generales (aparte aditamentos escénicos oportunos) fueron seguidas por Ricardo Wagner en su drama lírico «Parsifal».

Martín de Riquer propone una esclarecedora interpretación de «El Cuenco del Grial», considerando su trama novelesca como reflejo del episodio histórico, en que Felipe de Flandes (personificado en «Perceval») visita en Jerusalen a su primo Baudouin IV, rey de esta ciudad, imposibilitado y tullido por la «lepra», en 1177, el cual considera a Felipe como «salvador» del linaje de los Anjou en la sucesión del reino de Jerusalén. Esperanzadora previsión, fracasada durante la Tercera Cruzada en la que murió Felipe de Flandes el 1º. de junio de 1191 en San Juan de Acre, peleando contra Saladino, sultán de los

musulmanes, que final y definitivamente se hicieron dueños de Jerusalén y de los «santos lugares» cristianos. De aquí que el comentarista denomina a la obra de Cristian «canción de cruzada» (*Y más modernamente defendida por Jean Marx*).

Según los trovadores medievales el castillo del Santo Grial se consideraba emplazado en Oriente, en los confines de la India, en la montaña de Montsalvat, custodiado por una orden de caballeros semejante a la de los Templarios, fundado por Titurel, el justo, a quien unos ángeles entregaron la copa sagrada en que bebió y consagró Jesucristo. Los *caballeros del Gral* disfrutaban del influjo místico que emanaba del cáliz donde fuera recogida la sangre de *Cristo*, gozando de felicidad inefable y adquiriendo un invencible poder que les hacía inmunes al mal y les preparaba para salir victoriosos en defensa de los buenos y de los débiles.

Las vestiduras legendarias de los Caballeros del Grial consistían en túnicas y mantos blancos, semejantes a los de los Templarios, pero en vez de la roja tau de éstos, ostentaban una paloma en vuelo cernido bordada sobre los mantos y grabada en las armas.

Por otra parte conviene recordar que los Caballeros Sanjuanistas (o de Malta), orden fundada en Jerusalén por Mauro en 1070 con misión hospitalaria, llevaban manto negro con la cruz blanca «de Malta», según enseña la historia. La *Cruz de Malta* es la misma «Cruz de Jerusalén», «Cruz patada» o «Cruz Teutónica» de brazos iguales con las extremidades ensanchadas, adoptada por los «cruzados» y que era muy utilizada desde los tiempos bárbaros de los pueblos germánicos. Pero en la Cruz de Malta se observa frecuentemente una ligera bifurcación de los extremos ensanchados. (No debe ser confundida con la «Cruz de San Juan Bautista», que es cruz latina de brazos desiguales, con una banderola de plata que lleva la frase: «Ecce Agnus, Dei»).

(La «Cruz de Malta» hállase también en los arcos del pórtico y toral del templo visigótico de San Juan de los Baños (Palencia), fundado por Recesvinto el año 661 en Baños de Cerrato. Heredera, sin duda, de las que se hallan grabadas en los momentos rúnicos de los vikingos en Suecia).

(En el castillo de Consuegra, en sus corredores subterráneos que se adentran en el pueblo, fue encontrada por el ingeniero don Carlos Alfonso y López (padre del que esto escribe) una lápida de piedra con la cruz de Malta y la inscripción: «Mi yugo es leve y mi carga liviana», en latín, que sin duda procedía de los Sanjuanistas que quizá habitaron el dicho antiguo castillo medieval. En el pueblo de Consuegra diose la batalla que lleva su nombre,

en la que murió Diego, el hijo mayor del Cid, luchando contra los moros (figura. 8).

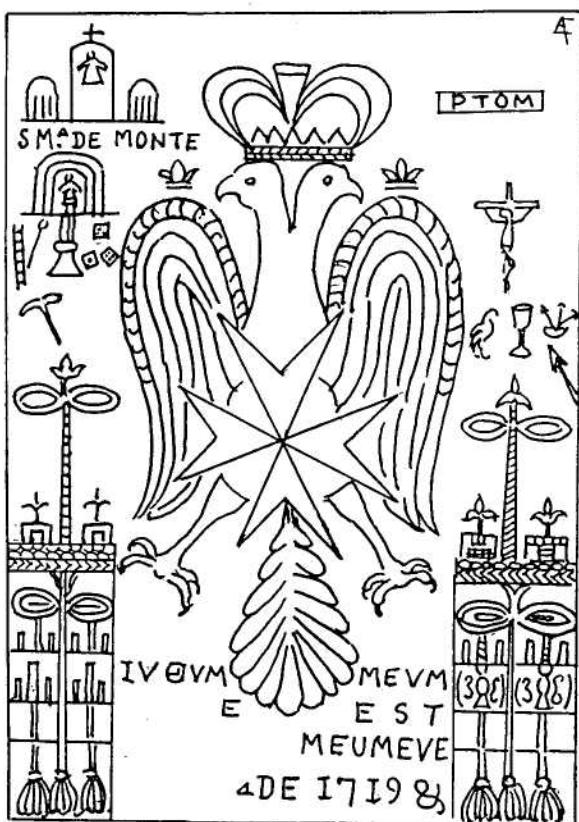


Figura 8. - Facsímil de la lápida templaria encontrada por el ingeniero don Carlos Alfonso y López en el subterráneo de la casa de su hermana, doña Elisa Alfonso de Sedano, en la calle de las Monjas, 3 (hoy fray Fortunato Fernández, 3º, Consuegra (Toledo)

Según Wolfram de Eschenbach (escribe Bonilla San Martín) había un *Munsalvaeche* y una *Salvaterra*; y *Titurel*, nieto de un príncipe asiático convertido al cristianismo, guerreó, venciendo a los pueblos paganos de Zaragoza y Galicia, y fundó un templo en Montsalvat o Montsalvage que circunda al gran bosque de Salvatierra, instituyendo para la guarda del Santo Vaso la caballería del Templo (¿quizá del Temple?).

En estos relatos — dice Mila y Fontanals — no es posible desconocer alusiones a las Cruzadas, a la restauración de España por los príncipes cristianos, a las peregrinaciones a Santiago de Galicia y a la instalación de los

Templarios en los condados de Foix (1136) y de Barcelona (1144). (*Navarra fue puerta de entrada a las peregrinaciones a Santiago; la «Jacobsland» de las «sagas» escandinavas; el «finis terrae» de los latinos*). «Vemos en toda España, señaladamente en el camino francés que desde Navarra va a Santiago, ruinas de edificios y templos caídos que fueron de estas gentes (los templarios)». (Sandoval).

«Los Templarios como discípulos de los drusos y cristianos de San Juan, dejaron estos templos llenos de curiosos detalles enlazados con los ritos iniciáticos de Oriente, como el “sepulcro” en el coro, sin labor ni abertura alguna cubierto por una losa cuadrilonga de una sola pieza..., como en tantas iglesias románicas». (Roso de Luna).

Puede observarse también en iglesias sanjuanistas (como las de Ayllón, Riaza, Segovia y Sepúlveda) algunas veces el sol y la luna separados por la cruz, otras la Pentalfa, otras las cruces en forma de T con un sol encima (figura 9).



Figura 9. - Crucifijo entre los Símbolos del Sol y de la Luna, en orfebrería repujada de las tapas del Evangelio de Roncesvalles (boceto)

Los *Caballeros del Santo Sepulcro* pudieron tener conexión con todos estos cultos y quizá fueron en su origen los Templarios, por el importante detalle ritual arriba citado, del cual es buen ejemplo el sepulcro del camarín del templo de la Vera-Cruz en Segovia. Detalle ritual e iniciático que pudiera tener su origen remoto en el «sepulcro» de la «Cámara del Rey» de la Gran Pirámide egipcia, donde tampoco hubo nadie sepultado nunca.

Todas las leyendas relativas al sublime Vaso — dice Roso de Luna — coincidían en situar el templo del Grial en los montes Ibéricos, allí por bajo del entronque místico de los dos travesaños montañosos norte-sur y este-oeste de la gran «tau» peninsular, en los confines de la España cristiana (o europea) y de la España árabe (o africana) por bajo del Pirineo.

Cronología General de San Juan de la Peña

He creído conveniente establecer la siguiente tabla cronológica referente al devenir histórico del Monasterio de San Juan de la Peña, y de los reyes de Navarra y de Aragón que tuvieron relación con él.

Siglo VIII (año 700)

Acisclo, Gadisclo o Gadiscalco, obispo de Huesca desde los últimos años del siglo VII (año 683).

Eremitas: Juan de Atarés, Voto, Félix, Benedicto, Marcelo..., en la gruta de Gálion de la Peña del Monte Pando. (Sus actas fueron escritas por el monje Macario).

Desembarcan los musulmanes en Tarifa en el año 710.

Vencen los musulmanes al rey godo D. Rodrigo en la batalla de la Janda en 711.

Llegan los musulmanes al Pirineo en el 720.

Muerte y martirio de Santa Orosia, Acisclo y Cornelio en Ontoria.

El Cáliz Grial en poder de los obispos de Huesca desde el año 551 al 712, y luego llevado a Yebra por los compañeros fugitivos del obispo Acisclo.

Siglo IX (año 800)

Rey de Navarra: *Iñigo Arista* (Enneco Aresta).

Huyen los cristianos hacia el Pirineo, por la invasión musulmana.

Se construye la primera iglesia en San Juan de la Peña hacia el año 850.

Fortuno, obispo de Huesca en el 958.

Siglo X (año 900)

Se funda el Monasterio con cenobitas, consagrándose el templo el año 922, siendo el primer abad **Transirico**, durante el reinado de **Sancho Garcés I** (905-925).

Siguen retirándose los cristianos hacia el Pirineo.

Los obispos de Huesca (Fortuño, Ato...) custodian la **copa sagrada** en San Adrián de Sásabe alrededor del año 958.

Gran Señorío del Monasterio de San Juan de la Peña. Se funda el Monasterio de Santa Cruz de los Serós (992).

Guerra de **Sancho, «Abarca»** contra Ibn-Abí Amir(989).

Donación de **García Sánchez** al Monasterio en 995.

Siglo XI (año 1000)

Se cede San Pedro de Bailo al Monasterio por **Sancho III, «el Mayor»**, en 1025, siendo **Mancio** obispo de Huesca.

Paterno, abad del Monasterio en 1025. Escuela de letras (Paterno fue más tarde arzobispo de Zaragoza).

Se instala en el Monasterio la Orden Benedictina en 22 de junio de 1025, por orden de Sancho III.

Muere Sancho III, en 1035.

Se funda en Jerusalén la orden Sanjuanista o de Malta, hacia 1048 (¿o 1070?).

Se denomina al Monasterio San Juan Bautista de Pano (1055).

Se construye la Catedral de Jaca por **Ramiro I**, hacia el año 1060.

Se escribe la «Biblia de San Juan de la Peña». Se adopta la liturgia romana en el Monasterio (1071).

Se construye la «segunda Iglesia» por **Sancho Ramírez**, en el año 1094.

Primera Cruzada (1096-1100). Reconquista de Huesca (1096).

Concilios pinatenses.

Siglo XII (año 1100)

Fundación de la «Orden Templaria» en 1118.

Se construye el claustro románico de San Juan de la Peña, en 1140.

Segunda Cruzada (1147).

Poema «Contes du Graal» de Christian de Troyes (1175).

Tercera Cruzada (1189).

Eduardo Alfonso – El Santo Grial en el Monasterio de San Juan de la Peña

Siglo XIII (año 1200)

Poema de Roberto de Borrón.

Se traslada a San Juan de la Peña una comunidad benedictina establecida en Na. Sra. de Iguácel, reinando **Pedro II** (1276-1285).

Poema «Parzival» de Wolfram de Eschenbach.

Siglo XIV (año 1300)

Se cede Rodas a los **caballeros de San Juan** o de la «Orden de San Juan de Jerusalén», en el año 1309, como consecuencia de la **Cruzada de Federico II**.

Disolución de la «Orden Templaría», en 1312.

«Crónica de San Juan de la Peña».

El «Cáliz Grial» es entregado al Monasterio de San Juan de la Peña en 1399.

Siglo XV (año 1400)

Poema «The Holy Grail» de Lonelich (1450).

Se incendia el Monasterio el 17 de noviembre de 1494.

Siglo XVI (año 1500)

Carlos V cede a los Sanjuanistas de Jerusalén la isla de Malta (1530).

Siglo XVII (año 1600)

Gran incendio del Monasterio de San Juan de la Peña el 24 de febrero de 1625, comenzándose el mismo año la construcción del «monasterio nuevo».

Siglo XVIII (año 1700)

Se termina el «edificio nuevo» del Monasterio hacia 1714.

Los monjes benitos vivieron en él hasta el año 1845.

Cronología de los Reyes de Navarra

Iñigo Arista, principios del siglo IX.

Sancho Garcés I, años 905-925.

Sancho Garcés II, «Abarca», años 970-994.

Sancho Garcés III, «el Mayor», años 1000-1035.

Sancho Garcés IV, años 1054-1076.

Sancho V, años 1076-1094.

Sancho VI, años 1150-1194.

Sancho VII, años 1194-1234.

Cronología de los Reyes de Aragón

Ramiro I, años 1035-1064.

Sancho I, años 1063-1094.

Pedro I, años 1094-1104.

Alfonso I, años 1104-1134.

Ramiro II, años 1134-1139.

Petronila, años 1137-1162.

(Después de la «Casa de Barcelona», desde 1137 a 1395, y Fernando I de Castilla, desde 1412 a 1416, etcétera).

TERCERA PARTE

III. CUADRO HISTÓRICO Y CONCLUSIONES

Con los datos consignados y tratando de seguir cronológicamente el hilo histórico que afecta al Monasterio de San Juan de la Peña, quizá podamos proyectar alguna claridad sobre su significado como *Templo del Santo Grial*.

Partimos de un hecho legendario, que aparte de su interpretación milagrosa, parece tener autenticidad histórica. El joven *Voto* mozárabe de «Cesaraugusta» (Zaragoza) yendo a caballo y estando en grave peligro de despeñarse por una gran roca del monte Pano, se encomendó a *San Juan Bautista*, salvando la vida milagrosamente al detenerse en seco su caballo al borde mismo del precipicio. Al examinar después la base de la peña encontró una gran cueva, la gruta Galión, y en ella el cadáver recostado del anacoreta *Juan de Atarés*. Esto a comienzos del siglo VIII.

Tenemos por de pronto un *Juan Bautista* invocado y otro *Juan de Atarés*, asceta de algún tiempo en aquel lugar. El «juanismo» de aquel rincón pirenaico, surge natural y espontáneamente como una flor silvestre más.

Pero a todo esto, ocurre casi al mismo tiempo un episodio histórico trascendental: la invasión de la Península Ibérica por los musulmanes, en el año 710. Y además tenemos que contar con otro hecho importante: que el *Cáliz Grial* o «Copa sagrada» en que bebió Jesucristo en la última cena, estaba en España desde el año 258 y en poder y bajo la custodia de los obispos de Huesca desde mediados del siglo IX.

¿Puede considerarse como histórica (y no meramente simbólica) la llegada del Santo Grial a España después de haber estado dos siglos en Roma?

Veamos las versiones de este episodio:

La primera versión nos dice que fue transportado de Roma a España en el siglo III por unos «soldados españoles» que servían en las legiones romanas, que se lo entregaron a Orencio y Paciencia, padres de San Lorenzo, que era diácono a su vez del papa Sixto II. Y esto tuvo efecto después que el papa Sixto y su servidor Lorenzo hubieron sido sacrificados en la persecución que decretó Valeriano contra los cristianos. Los padres de San Lorenzo llevaron la «copia» a Huesca, donde estuvo oculta hasta la paz de Roma con la Iglesia en tiempo de Constantino (312), yendo luego a parar sucesivamente,

después de la muerte del obispo Aciclo, a Yebra (Ebora), al monasterio benedictino de Siresa, a Santa María de Sásabe (en el 958) y al templo de San Pedro de Bailo (hacia el año 1000). (*Cuéntase que cuando el papa Sixto II fue sentenciado a muerte, ordenó a su diácono Lorenzo que distribuyese entre los necesitados los vasos de oro y plata de la Iglesia. Exceptuó, por lo visto, el «Cáliz Grial», bien porque no era de metal precioso o bien por el valor y el significado excepcionales de la reliquia.*)

La segunda versión dice que la «copa sagrada» fue enviada a España en el siglo III, siendo su portador Perilo de Capadocia, quien por orden de San Lorenzo se la entregó al obispo Oscense. Cuya versión presenta el grave inconveniente de que entonces no existía obispo en Huesca; pues el primero de que se tiene noticia es Vicencio hacia el año 553.

La tercera versión supone a un tal Recaredo como portador de la sagrada reliquia.

No se hable de una cuarta versión que describe a Alfonso VII arrancando de manos de los moros de Almería la famosa escudilla o Grial, tallada en enorme esmeralda, usada por Jesús en la última cena y recogida por José de Arimatea. (*A lo cual se agrega que dicha escudilla fue donada por el rey Alfonso a los genoveses en premio del auxilio que le prestaron en el sitio de Almería y que es el famoso «Sacro catino» conservado en Genova.*)

La primera de estas versiones resulta la más verosímil y la más documentada, y, por otra parte, no habría ningún inconveniente en admitir que uno de los soldados españoles que llevaron la «copa» a España llamábase Recaredo, como quiere la tercera (e indocumentada) versión.

No hay tampoco inconveniente en admitir que después de haber estado el Cáliz Grial oculto en Huesca, desde el siglo III hasta el siglo VI (año 551) y custodiado después por los obitios de Huesca durante 160 años más (hasta el 711), hubiera sido desplazado sucesivamente, huyendo de los musulmanes, a Yebra, Siresa, Sásabe y Bailo en un lapso de 314 años (hasta 1025) en que el Monasterio de San Pedro de Bailo fue cedido al Monasterio de San Juan de la Peña por Sancho III, siendo Mancio obispo de Huesca.

En estos cuatro siglos y medio en que la «copa sagrada» estuvo primeramente oculta, luego custodiada por el obispado Oscense y finalmente cambiando del lugar ante la acechanza musulmana, había ocurrido en la Peña «juanista» del monte Pando la transformación de la gruta de los anacoretas en el templo de San Juan de la Peña, construido hacia el 850 por García Jiménez, jefe de los refugiados de Aragón, y consagrada luego como iglesia del monasterio de cenobitas (en su mayoría clérigos y canónigos), en el año 922,

en que ocupaba la abadía **Transirico**, y que fue también entonces sede del único obispo que tenía Aragón.

Tenemos así ya, en el primer cuarto de siglo X el **Monasterio de San Juan de la Peña**, siendo rey Sancho Garcés I (905-925), de creciente y rápida importancia religiosa, que entre las muchas y valiosas donaciones que recibe, se cuenta la de San Pedro de Bailo (donde se guardaba entonces la «sagrada copa») que pasa a depender del Monasterio en el primer cuarto del siglo XI, reinando Sancho III (1000-1035), y siendo **Paterno** abad del Monasterio.

Parece natural que el Cáliz Grial pasase entonces al Monasterio de San Juan de la Peña; pero los datos que poseemos nos dicen que esto no ocurrió hasta el año 1399 (?). ¿Dónde estuvo el cáliz estos tres siglos y medio?

Se nos dice que el rey D. Ramiro (1035-1063), hijo de Sancho III, el Mayor, mandó construir la **catedral de Jaca** (la primera de España) *para* albergar la sagrada reliquia, hacia el año 1060.

Pero dejando aquí, sin más comentario de momento, esta afirmación, nos interesa hacernos esta pregunta: la llegada del Cáliz Grial a España ¿Puede considerarse como un episodio histórico o como un movimiento religioso que infunde en el pueblo hispano-visigótico una ola de espiritualidad necesaria en aquellos angustiosos momentos en que los musulmanes pisaban ya las laderas del Pirineo?

Este impulso que necesitaba y recibió la idea cristiana para prevalecer y resistir al violento empuje (material y moral) de la idea islámica se concretó en el augusto símbolo del Santo Grial. ¿Pero estaba en realidad en España el cáliz donde Jesús bebió en la última cena y con el cual estableció las primicias del «ágape eucarístico»?. ¿Se trata de una coincidencia?

Históricamente pudo ser, pero si fue así, hay que reconocer que no estuvo custodiado por Templarios ni por Sanjuanistas, sino por obispos y benedictinos.

¿De dónde entonces la leyenda de los Sanjuanistas con el Santo Grial en el Monasterio de San Juan de la Peña?

Cerrando aquí el paréntesis y dejando para el momento oportuno la contestación a esta pregunta, volvamos a la catedral de Jaca con D. Ramiro. ¿La hizo el rey D. Ramiro I exprofeso *para* albergar el sagrado cáliz?. Es dudoso que la Seo de Jaca fuese hecha para templo del Santo Cáliz como hipotéticamente quiere algún escritor. Hubiera sido demasiado sonado en los fastos de la Historia. Por lo menos tan sonado como lo del Santo Grial en San Juan de la Peña. Pero además pudiera aducirse como argumento en contra de esa conjeta, el hecho de que el rey Ramiro II, en carta fechada en 1139, cede

al Monasterio de San Juan de la Peña tres villas a cambio de un cáliz hecho *ex lapide pretioso*. ¿Era éste el Grial?

¡Un cáliz en piedra preciosa; una copa en piedra o una piedra en forma de copa! y, ¿qué era lo precioso o preciado, la *piedra* como en el poema de Eschenbach, o el *vaso* como en las tradiciones aragonesas?

Estos trueques ambiguos y simbólicos en el acontecer histórico, en que se encuentran confusamente entrelazados episodios reales, aspiraciones místicas y relatos fabulosos, son muy difíciles de desentrañar. Y entonces nos preguntamos: ¿Cómo si Ramiro I construyó la catedral de Jaca para albergar la copa sagrada no se hace referencia de tamaña finalidad en ningún documento del rey, y en cambio un siglo después Ramiro II permute al Monasterio de San Juan de la Peña por un precioso cáliz de piedra (ágata) que allí custodiaban por tres villa de su reino?

Si el *precioso cáliz de piedra* era el *Santo Grial* que hallábase en el Monasterio desde que fuera cedido a éste la propiedad de San Pedro de Bailo en 1025, ¿Cómo puede admitirse que se hallaba en la catedral de Jaca hasta 1399?. Y si se hallaba el Santo Grial en la catedral de Jaca desde tiempo de Ramiro I, ¿Cómo se le ocurrió a Ramiro II un siglo después trocar el cáliz de San Juan de la Peña por tres villas?. ¿Es qué este cáliz «sanjuanista» tenía para él más valor que el auténtico Cáliz Grial depositado en la Seo jacense por su ilustre antecesor?

El problema es peliagudo si damos constancia histórica a la permanencia del Santo Grial en Aragón. Pero, por otra parte, se nos hace muy extraño comprobar que el rey Ramiro I no se refiere nunca a la sagrada copa en los documentos de la fundación conservados en el archivo de la catedral de Jaca. En el documento del año 1063, llamado del «Concilio de Jaca», no hay sino referencias a la fundación y funciones del templo catedrático, y en el otro documento, sin fecha, se exponen donaciones y peticiones «para terminar la obra». (*He visto el documento de 1063, del «Concilio de Jaca» en el archivo de la Catedral de esta ciudad, en marzo de 1964, gracias a la amabilidad de su archivero Padre Juan Francisco Aznare; y, efectivamente, nada dice de que la intención del rey Ramiro I fuese levantar la Catedral para albergar el Santo Grial, sino para sede de la autoridad eclesiástica en sustitución temporal de la sede de Huesca que hubo caído bajo la dominación árabe*).

(*Por otra parte, me parece elocuentísimo que uno de los firmantes de dicho documento fuese el Abad del Monasterio de San Juan de la Peña (cuya efigie se reproduce, entre otras, al pie del escrito) sin que se haga ninguna alusión al Cáliz Grial*).

(El documento hállase ratificado con la firma del rey Pedro I escrita en árabe. (Una transcripción de este documento del «Concilio de Jaca», hállase publicada en «El Libro de la Cadena» de Dámaso Sangorrin).

¿Por qué, finalmente, las tradiciones no aureolan con prestancia mística referente al Santo Grial a la catedral de Jaca, y sí al Monasterio de San Juan de la Peña?. *(El problema que plantean las anteriores interrogantes quedaría resuelto si damos autenticidad al que parece ser el primer documento escrito sobre este asunto, un Auto del 14 de diciembre del año 1134 (por tanto de tiempos del rey Ramiro II) en el que se afirma la estancia del Cáliz de Jesucristo en el Monasterio de San Juan de la Peña, con estas palabras: «En un arca de marfil está el Cáliz»).*

Los sucesos históricos y sus referencias (frecuentemente tergiversadas apenas han acaecido) se enredan (esta es la palabra) en el curso de su devenir temporal.

Hemos visto que el Monasterio de la Peña del monte Pando, construido en la gruta Galión, nació con prestancia «sanjuanista», y seguramente por esto fue consagrado a San Juan. Pero los «caballeros sanjuanistas» que frecuentaban el Monasterio, pero no residían en él, no eran Caballeros de la Orden religiosa de San Juan o de Malta, sino simples guerreros aragoneses que luchaban contra los moros, que iban a descansar al Monasterio en las treguas de los combates, y tenían a gala llamarse «caballeros de San Juan» dada la especie de consagración que les otorgaba la comunidad del monasterio. Sin embargo, hay que admitir que los verdaderos «Caballeros Sanjuanistas», así como los «Caballeros Templarios» no anduvieron lejos por el territorio hispánico.

Hemos visto también que el **Santo Cáliz Grial** pudo haber estado en España unos siglos, pasando después de muchas vicisitudes al Monasterio de San Juan de la Peña en «los confines de la España gótica y de la España árabe», como afirma la leyenda; siendo este templo, por consecuencia, el «Templo del Santo Grial». Es más, en tiempo de Ramiro II se hallaba en el Monasterio un cáliz con características muy semejantes a las consignadas como propias de la «Sagrada Copa».

Tenemos ya un Monasterio, un Templo en «una umbría selva» (como canta el «caballero Lohengrin»), un cáliz de preciosa piedra, y unos cuantos «caballeros de San Juan» (que no son «Sanjuanistas»). Solamente faltaba poner la cruz de Malta sobre el arco de algunas de las puertas, lo cual se hizo también, en recuerdo de que la «cruz patada» fue adoptada como símbolo de los auténticos «Caballeros Sanjuanistas» y «Hospitalarios» después de la

primera Cruzada, y de que, por tanto, todo lo que huela a «juanismo» o a «hospital» debe ir señalado con dicha cruz de los antecesores barbáricos de los «cruzados», que hoy usamos los médicos. Y a todo esto no le faltaba más que música de Wagner, como posteriormente la tuvo.

Y sin embargo...

El problema es serio, porque el movimiento espiritual que impulsó a España y a Europa bajo el símbolo del Santo Grial fue de una eficacia asombrosa y decisiva en aquellos momentos críticos en que las huestes de Mahoma invadieron el sur de Europa amenazando a la cultura occidental cristiana y llegando hasta Poitiers (año 732). Y esto es lo importante: el espíritu que hay tras la leyenda y el poema. Esta es la verdadera realidad histórica; lo de menos son los episodios, cosas y lugares en los cuales trata de concretarse esta realidad. El Santo Grial es espíritu humano triunfante en un tiempo dado; el templo de San Juan de la Peña es espíritu objetivado en un lugar dado; y todo es verdad porque la verdad no está en las cosas sino en la sustancia metafísica que hay detrás de ellas. Después las tradiciones, las leyendas y los poemas se encargan de interpretar la realidad de fondo, con creaciones de la fantasía y retazos de episodios y ocurrencias de la realidad material.

Más, ¡Qué inefable hálico de espiritualidad hay en toda la poesía del ciclo histórico representado por el Cáliz Grial en el Templo de San Juan de la Peña!. Fue una nueva e inspirada infusión de espíritu cristiano a los pueblos europeos. (*Menéndez Pelayo la calificó como «la más grandiosa epopeya del Cristianismo»*). Y con el hálico recibido, la voluntad de triunfo y de redención. Pero no de triunfo material sino de triunfo espiritual del que, lamentablemente, no supieron hacerse dignos los pueblos occidentales. Por esto, Ricardo Wagner, en el comentario a su preludio de «Lohengrin», dice clarividentemente que «a los hombres indignos les fue arrebatado el Cáliz Grial, que fue definitivamente devuelto por Parsifal a su origen en el lejano Oriente»... «donde no se le volverá a ver hasta el día del Juicio», agrega una leyenda.

Efectivamente, la historia de Europa ha sido ostensiblemente anticristiana en su espíritu desde mediados de la Edad Media. A los pueblos occidentales les faltó empaparse de la sublime luz que irradiara del Santo Grial. Desde el Renacimiento nadie se hubiese dejado matar por el Santo Sepulcro a las puertas de Jerusalén.

Sabemos que los principios morales no rinden el mismo efecto aplicados desde el punto de vista de la vida social que aplicados desde el

centro de la vida personal, y que por tanto, personas que quizá eran piadosas en su fuero íntimo, se comportaron impíamente como gobernantes. Así, la católica majestad de Felipe II de España prefería gastar el dinero en levantar el Monasterio del Escorial que en pagar a sus soldados, que, en cierto momento de su reinado estaban retrasados de pagas en más de dos millones de ducados. Y aunque esto es indefendible desde el punto de vista del sentir cristiano, es dudoso dilucidar si para un rey es más cristiano dar de comer al hambriento que construir un templo cuyas piedras habrían de admirar a la posteridad y perpetuar el nombre del monarca. Una cosa es el gobernante que pretende pasar a la Historia y otra cosa es el individuo que pretende entrar en el Cielo. Y esto no es una censura cerrada contra Felipe II, que tiene como atenuante el hecho de que su padre Carlos V dejó al Estado una deuda de veinte millones de ducados a un interés muy usuario. Felipe II cumplió su papel histórico haciendo lo que hizo, e hizo bien. Si hubiese sido una bendita alma de Dios (a lo San Francisco de Asís) no hubiera podido desempeñar el papel de monarca en cuyos dominios «no se ponía el Sol», según frase de su ilustre padre.

Pero llovía sobre mojado. El espíritu cristiano de los pueblos europeos habían sufrido colapso cuando se iniciaron las luchas entre el Pontificado y el Imperio en el siglo XI, que no pudo evitar la buena voluntad del papa cluniacense Gregorio VII. La «querella de las investiduras» fue un síntoma de que se iba extinguiendo la luz del Santo Grial. Las persecuciones crueles contra los herejes (Valdenses, Albigenses, Judíos...), el cisma griego, el conflicto de la Iglesia con Federico II Hohenstaufen y luego con Felipe el Hermoso de Francia, la guerra de los Cien Años, en fin, de todo tienen menos de espíritu cristiano.

Sin embargo, es el espíritu (sin calificaciones religiosas) el que se va realizando en todos estos acontecimientos. Y es que, como antes hube pensado, y dicho en otra parte, el auténtico espíritu cristiano solamente puede darse individualmente pero no socialmente, y mucho menos políticamente. El Santo Grial ha de encenderse en cada corazón; y cada corazón humano henchido de piedad y compasión es un cáliz Grial donde se recoge (espiritual y fisiológicamente) la «divina sangre de Cristo»: de ese «Cristo interior» a que se refería San Pablo, sin el cual es nulo todo progreso y todo impulso espiritual.

Es sabido por el poema «Parzival» de Wolfram de Eschenbach, que Titurel, Frimutel, Amfortas y Parsifal, fueron **reyes del Grial** sucesivamente. En el poema wagneriano o de «Parsifal» se suceden también Titurel, Amfortas y Parsifal como reyes o «abades» de los «Caballeros del Grial»; y se nos

presenta a Amfortas como pecador, exhibiendo y doliéndose de «la herida del pecado que nunca quería sanar». ¿Corresponde este episodio legendario a ese otro episodio histórico que se nos cuenta al decirnos que «el rey Sancho III encomendó al benedictino Paterno la abadía del Monasterio de San Juan de la Peña para «que expeliese de allí todos los deleites de los seculares y gentes de mal vivir?».

Las catástrofes humanas de las dos «guerras mundiales» de 1914 y 1939, prueban palmariamente que las conciencias se hubieron oscurecido como la de Amfortas, porque les hubo faltado la luz del Santo Grial. Y si tomamos al pie de la letra la premonición de esa leyenda que asegura que «no volverá a ser vista hasta el día del Juicio», habrá que convenir con San Agustín en que la redención del género humano solamente podrá venir con el fin del mundo; exceptuando, claro está, a los pocos que en todas las épocas van hollando «el estrecho sendero» y entrando por la «angosta puerta» que «conducen a la salvación».

Pero no nos desviemos de nuestro tema con divagaciones de metafísica cristiana...

Podemos llegar a la conclusión (y con esto queda contestada la pregunta que hemos formulado anteriormente, de que *en el Monasterio de San Juan de la Peña estuvo depositando un cáliz tallado en piedra preciosa custodiado por monjes benedictinos, y que posiblemente mereció la reverencia de unos «caballeros de San Juan» que acudían al Monasterio a reconfortarse de sus luchas con los musulmanes y a ser consagrados por el abad.*

Cabe en lo posible que en el Monasterio se hubiesen celebrado ceremonias religiosas eucarísticas entre los monjes y los caballeros, análogas a la que Wagner nos presenta en los actos primero y tercero de su drama lírico «Parsifal». Y también es posible que se hubiese concretado en dicho cáliz la virtud del que pasó por las manos de Jesucristo en el cenáculo, para llenar la necesidad circunstancial y apremiante de un impulso espiritual en momentos críticos. Y esto es tanto más plausible cuanto que ha ocurrido algo parecido en otras ocasiones históricas, como es notorio que sucedió en la misma época que nos ocupa, durante la primera cruzada en la que, cercados gravemente los «cruzados» por el sultán Kerboga, apareció milagrosamente *la lanza que hirió el costado de Cristo*, lo cual les renovó el ánimo y vencieron a los turcos. Al entrar en Jerusalén, uno de los jefes de los cruzados, Tancredo, enarboló la cruz precisamente *a la hora en que había nacido Jesucristo*.

Estas manifestaciones visionarias, por cuyo mecanismo se suscitan impulsos espirituales en determinados momentos, suponen un cierto estado de

conciencia y convicción con respecto a la virtud de algunas cosas y personas, alrededor de las que se forman «vórtices psíquicos» de indudable eficacia y a veces de enorme potencia.



Figura 10

Y esto era relativamente frecuente en el Medievo, en cuya época la fe religiosa era una potencia en cada corazón. No se olvide cómo se le apareció a Mahoma en una batalla el arcángel Gabriel cabalgando sobre su caballo «Hayzum», y como, no mucho tiempo después, se «les apareció» Santiago sobre su caballo blanco a los cristianos en la batalla de Covadonga. Y estas apariciones o visiones místicas son siempre la consigna del triunfo. Esta interpretación puede aplicarse a nuestro objeto del Santo Grial, independientemente de la posibilidad histórica de que la sagrada Copa estuviese en España. (*Hasta ha llegado a pretender que la «cabeza de San Juan Bautista» fue hallada en Saint-Jean d'Angeli, Saintogne, donde con este motivo (?) se vieron por ver primera el rey Sancho III de Navarra y el duque de Aquitania, según Adhemar. Un ejemplo más de estas exaltaciones místicas*).

Después de todo lo expuesto, posiblemente se quedará el lector no sabiendo qué pensar sobre la permanencia del Santo Grial en España, aunque puede que le muestren actualmente (siglo XX) como tal, una copa sagrada

conservada en el catedral de Valencia.

(La fotografía de la figura 10 retrata el cáliz conservado en la Catedral de Valencia, como el «auténtico Santo Grial»).

(Mide 17 centímetros. Su copa tallada en un gran trozo de ágata, tiene 9 centímetros de diámetro y su pie, de forma elíptica, 14 por 16 centímetros).

(Todo lo demás del Santo Cáliz: fuste con su nudo, sus asas laterales y la montura de la base es de oro finamente niquelado. En la montura de la base lleva engastadas 28 perlas de tamaño de guisantes, dos balaxes y dos esmeraldas (aunque al presente faltan dos perlas y una esmeralda).

Pero si esta copa ha perdido la virtud de suscitar un triunfo del Cristianismo en el momento que sea preciso, se puede asegurar que ese cáliz, aunque fuera el auténtico vaso que estuvo en las manos de Jesucristo, no es el Santo Grial porque ha huido de él el espíritu que un día fulgurara en su interior. No es el receptáculo material, sino el hábito que de él irradiara o en él se proyectara, lo que le dio su virtud, su significación y por tanto su definición. Otra cosa sería el cadáver del Santo Grial.

Y ahora quedamos en condiciones de afirmar lo siguiente: efectivamente, el Santo Grial estuvo en España, porque estuvo su espíritu entre los siglos VIII y XIV. Pero no exactamente el espíritu del Santo Cáliz, sino el espíritu cristiano agrupado, simbolizado (y hasta proyectado si se quiere) en la copa sagrada donde bebiera Jesucristo.

Es una idea transmutada en fuerza lo verdaderamente eficaz para toda realización. Y el objeto mágico al cual se le atribuye la fuerza sobrenatural, actúa solamente como centro de reversión imaginativa en el cual se refleja el pensamiento educiendo potencialidades o virtudes del espíritu.

Por esto, al sistema de impulsos metafísicos corresponde un sistema de realidades físicas que traduce en el mundo su intención y finalidad. Y la autenticidad de las cosas y de los seres estriba solamente en que esa finalidad haya sido o pueda ser conseguida.

Ahora puede el lector ver más claramente por qué la cristianización histórica final de Europa fue la obra exclusiva del *Santo Grial*. Si éste fue traído a España, es indudable que la eficacia de su «virtud» se entendió por toda Europa. A España la tocó solamente el papel de espejo reflector de la «divina Luz». ¡Que ya es bastante!.

La historia que acompaña a la descripción del Cáliz dada por la Catedral de Valencia y firmada por J. A. O. (Juan Ángel Oñate Ojeda) afirma en líneas generales lo que hemos expuesto en las páginas anteriores, pero presenta ciertas interesantes discrepancias con algunos de los datos recopilados por

nosotros.

Efectivamente, Oñate dice que el Santo Cáliz «**debía haber estado**» (subrayamos nosotros) en la catedral de Jaca edificada por Ramiro I para sede del Santo Grial; pero en 1071 fue llevado al Monasterio de San Juan de la Peña con motivo de la adopción de la Liturgia Romana en Aragón. Es decir, que si estuvo en la catedral de Jaca (construida hacia 1060) solamente estuvo diez o doce años; lo cual justificaría nuestra opinión de que dicha catedral no ha constituido un «alojamiento» para el Cáliz de Jesucristo, sino que, en todo caso, estuvo en ella «transeúnte».

Por otra parte, la fecha del año 1399, que nosotros damos como insegura, para la entrega del Santo Grial a San Juan de la Peña, la da Oñate precisamente como fecha en que el Cáliz salió de San Juan de la Peña para servir en el oratorio del rey **Martín el Humano** en el Palacio Real de la Aljafería de Zaragoza (26 de septiembre de 1399). Y en este caso podría ser cierta nuestra presunción de que el Cáliz estaba en San Juan de la Peña desde el año 1025 en que San Pedro de Bailo pasó a depender del Monasterio pinnatense, o bien desde el año 1071 (**bajo el pontificado del Obispo D. Sancho**) como quiere Oñate. Todo lo cual ratifica la opinión de Juan Britz Martínez (abad e historiador de San Juan de la Peña) cuando escribe: «Lo llano y corriente es, que el Cáliz del Señor lo subieron a San Juan de la Peña los obispos de Huesca». Y nos da como fecha alrededor del año 713, y como probable portador al obispo de Huesca, Adalberto (Historiador de San Juan de la Peña, pág. 216), si bien esta fecha carece de fundamento documental.

La postrera jornada de la Copa Sagrada a Valencia se atribuye a **Alfonso V, el Magnánimo**, que la llevó desde Zaragoza a su Palacio Real de Valencia hacia el 1424, siendo entregado a la catedral de esta ciudad el cáliz que representa la figura 10, el 18 de marzo de 1437 por su hermano D. Juan, rey de Navarra, según consta en el volumen 3.532, fol. 36 v. - 37v. del archivo.

(Pero, según Oñate, en el documento de «Inventario de alhajas y reliquias entregadas a la custodia de la sacristía de la Catedral por Alfonso V el Magnánimo, en 11 de abril de 1424» (citado por A. Sales) no se menciona, al menos expresamente el Santo Cáliz. (Arch. S. I. Catedral, vol. 3.546, fol. 149).

(Es decir, que entre las joyas y reliquias entregadas por Alfonso V en 1424 no figura el Santo Cáliz; pero sí figura en otro documento su entrega a la Catedral en 1437, o sea, trece años más tarde).

(Oñate opina que quizá en la primera de las fechas citadas debió ser

Eduardo Alfonso – El Santo Grial en el Monasterio de San Juan de la Peña

entregado solamente «en depósito» y no «en propiedad». Y en este caso es imperdonable que un objeto de tamaña importancia religiosa e histórica, como es el «Santo Grial», no conste como «entregado entre las reliquias de Alfonso V, porque esto se presta a un escamoteo y a una suplantación»).

(Gerard de Sede en su obra «El Tesoro Cátaro» (pág. 161) afirma que «el Grial de Valencia no es el bueno»).

Y sigue nuestra interrogación: ¿Es este precioso y deslumbrante Cáliz de Valencia el auténtico Grial de la última Cena?. ¿Usaron Jesucristo y los Apóstoles un tan joyante recipiente para beber en el cenáculo?. En un congreso eucarístico celebrado en Barcelona, parece ser que se puso en duda su autenticidad entre los ministros de la Iglesia Católica, aunque carecemos de pruebas documentales sabiéndolo solamente «de oídas». Digamos una vez más: su importancia y su autenticidad es un problema metafísico más que histórico. Por esto, para ciertos escritores y poetas, el cáliz «fue arrebatado a los hombres indignos» que no supieron empaparse de su Divina Luz.

BIBLIOGRAFÍA

- *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal. Tomo VI, «España Cristiana», historiado por Justo Pérez de Urbel y Ricardo del Arco y Garay.
- *Los Monasterios de San Juan de la Peña y Santa Cruz de los Seros*, por Virgilio Valenzuela Foved.
- *El Santo Grial en Aragón*, por Dámaso Sangorrin. (Revista Aragón).
- *Wagner Mitólogo y Ocultista*, por Mario Roso de Luna.
- *Ricardo Wagner*, por Eduardo Schuré.
- *Historia de San Juan de la Peña*, por Juan Briz Martínez.
- *El Santo Grial*, por Juan Ángel Oñate.
- *La Leyenda del Graal y temas épicos medievales*, por Martín de Riquer.